

Vicente Pla. Los lugares y la gente

Las imágenes cuentan aquello no siempre capaz de expresarse con palabras. Por sí mismas, traducen una situación, un contexto, lo hacen accesible y comprensible en otro ámbito, descontextualizan las caras, las acciones; los paisajes se igualan, las luces que allí iluminan los lugares y las personas recuerdan las vistas por nosotros en el espacio desde donde miramos ahora lo que resulta intruso. Existe, por lo tanto, un juego de ida y vuelta, una suerte de relación inacabada e imposible de completar entre el pasado que muestran y el presente insobornable de nuestra mirada, que necesita experimentar una y otra vez una sensación idéntica a la primera vez. La fotografía trasciende el lenguaje codificado del texto para asumir la determinación de representar el mundo, incluso la posibilidad de sustituirlo. Las imágenes nos hacen ver el mundo como no es, como nunca ha sido y no hay posibilidad de que sea, pues igualan la diferencia, como ha indicado certeramente Jean-François Chevrier. Al mismo tiempo, son la colección de lo que hemos visto a lo largo y ancho de nuestro recorrido espacio-visual, generando surcos en nuestra memoria y grutas en ocasiones inexploradas en nuestra experiencia.

Cada nueva generación de datos urge de una nueva organización, que a su vez construye un relato sobre la necesidad de su orden y la importancia de su presencia. Los relatos hacen comprensible el trauma que supone la absoluta incerteza de casi todo lo que nos rodea; incluidas, claro está, las confortables imágenes que son capaces de trocear el mundo y ofrecérselo en dosis tan comprimidas y delimitadas que generan la sensación de hacerlo asimilable. Si la realidad sólo es tal en tanto que la vemos, las imágenes son apariciones enviadas por ella, capaces de trascender su pequeña porción recortada y abrirnos un espacio donde imaginarnos, es decir, donde vernos integrados por ellas y en ellas.

Las fotografías que presenta Vicente Pla son aproximaciones muy certeras a los elementos intrínsecos de la fotografía y a su posibilidad real de un relato del mundo, pues ofrecen la alteridad de los lugares mostrados en clara sintonía con los detalles fácilmente invisibles de su entorno, lo que los

acerca de manera decidida a quien los observa con detenimiento. Las claves que apuntan estas escenas son tanto la presencia de un instante, que se erige en punto de inflexión entre dos momentos claves, como la apariencia de construcción estenografiada en según qué casos, o de actuación concertada con algunos de los personajes, lo que es totalmente azaroso y donde estriba finalmente su interés. Por lo tanto, sus fotografías combinan con aparente sencillez una complejidad importante, como es la edición de las imágenes y su relación interna entre ellas. Es esta relación la que permite construir el relato de esas experiencias individuales que, al mostrarse agrupadas, constatan una vinculación de las partes entre sí y de éstas con el todo.

Pero las imágenes, aquí en forma de fotografías, son también trofeos de tiempo o de espacio: aquello que muestran con cercanía o en medio del frenesí de una gran ciudad, en el reflejo de un cristal o en los restos de los carteles despedazados, son momentos de intensidad. La tensión de la caza y el trofeo posterior. Como en el tantas veces citado filme *Les Carabiniers* (1963) de Jean-Luc Godard –entre ellas y primeramente Susan Sontag– donde los soldados vuelven de la guerra con las maletas llenas de postales fotográficas donde se encuentran contenidas todas las bellezas del mundo. Las promesas hechas a sus esposas de volver cargados con el botín de los vencidos, se traduce y transmuta en las cartulinas fotográficas. ¿No es acaso el mejor trofeo aquél que ofrece la posibilidad de re-pensar de nuevo el mundo y construirlo a partir de la liviandad de unas imágenes-símbolo, de unas escenas fantasmales?

En este sentido, las imágenes tomadas de Tokio se relacionan con otras ciudades y otros países, como Senegal o la India, por el detalle de mostrar las personas y los lugares, es decir, por hacer necesaria y convertir en evidente la vinculación mutua. Los lugares son la gente que los habita, en una fórmula de proporciones desconocidas que se añade a la fisionomía de sus habitantes, a la geopolítica del país y a su historia de triunfos y barbarie. Todos estos elementos contribuyen a entender las escenas compartidas y la separación por partes, como capítulos de un relato donde las fricciones son sometidas al test de la idoneidad de las imágenes, aquél por el que las fotografías no son sólo la suma de sus fragmentos, sino también el espacio que los determina y separa. Generar un relato es la acción de suturar los diversos elementos entre sí, pero

también se conforma por el hecho mismo de la sutura, es decir, determinando el material y la función del objeto (método o tono del relato) que genera la sutura y la mantiene unida. A la postre, la mirada que el fotógrafo lanzó y determinó como objetivo sirve para construir las nuestras, unidas por la edición de nuestra propia experiencia en tanto que personas y en el contexto donde las mirados, en tanto que lugar.

Álvaro de los Ángeles